

Dónde están las palabras

Carlos Vásquez Tamayo

*las palabras no consiguen alcanzarnos
no soportan la tristeza contenida*

Si Kongtu

Querría decir palabras, oír de pronto su lento goteo.

Han de ser las mismas, simples, con sus firmes y delgadas siluetas.

El agua por el agua, la arena que se arrastra en sílabas huecas. O el árbol erguido en la oscura ventana.

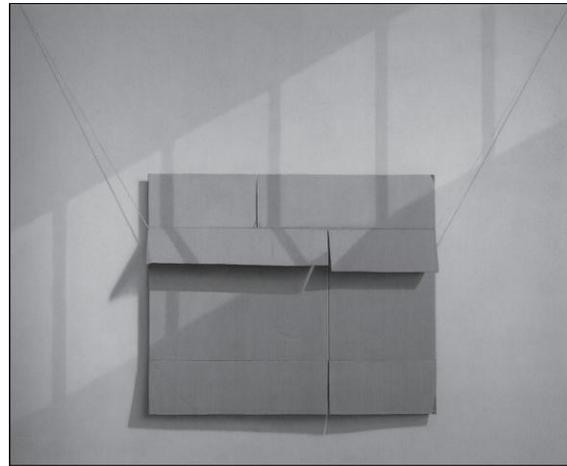
Palabras que ayuden a pasar al otro lado. Que no sean muro ni enrejado ni malla.

Palabras dulces y serenas, que no esquiven el uso, ha de ser para ellas su brillo y su temple.

Sonidos para volver a decir: estoy aquí, te llamo. Que me dejen insistir, acaso rogarle.

Bálsamo para los tiempos que corren. Vocablos de la misericordia o el vano consuelo.

Palabras de nadie pero con alguien. La promesa de una puerta, unos brazos, las manos.



Quiero que vengan para sentir que vuelvo, que alguien me espera y me calma.

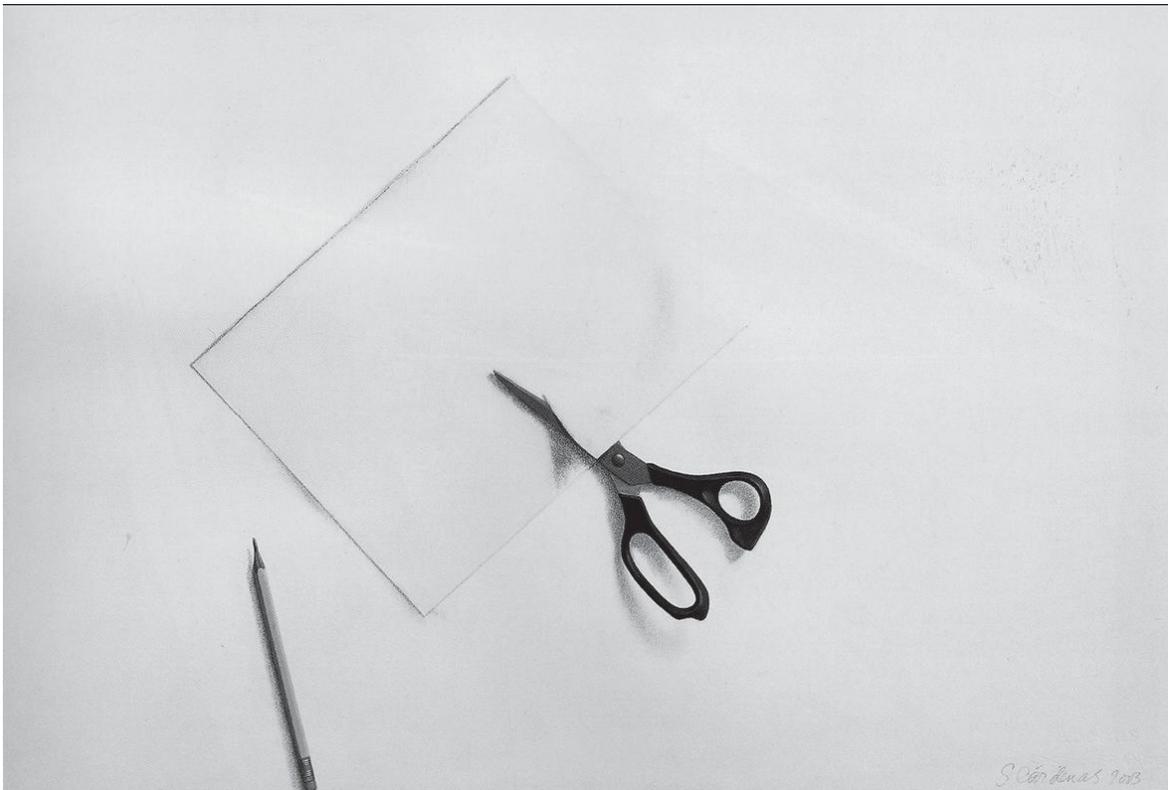
Un hilo que no se parta, que no me aparte, que no permita que alguien me aleje.

Al menos una para insistir, mirar en ella cuando estoy por borrarle.

Tengo miedo de enmudecer, que un día se apaguen. ¿Podría acaso soportar?

Sería como caer. Una detención en medio de gritos y armas.

Algo hiriente, un empujón en una pequeña celda. Y la boca mortífera, muda, sarcástica.



Santiago Cárdenas, Blanco sobre blanco, tijeras y lápiz, 2003, dibujo y técnica mixta, 56 x 75 cm

Algo que nunca habla y no deja de mirar,
alguien que ciega con su negro metal. Sílabas
cortantes y sordas, frases sin vida, manos sin
calor y sin alma.

Quiero pedir una palabra, aunque sea de una
sola letra. Me contento con una *y* o una *e* o una
a.

La perpleja *t* sin semejanzas, erguida y valiente,
una consonante sin tú ni persona.

Que quede una, que me guíe y me envuelva.
Acaso un *sin*, un *nunca*, un *casi*. Ráfagas
desnudas, veloces y parcas.

Paseo por mi diccionario, pongo mis manos
sobre él como si fuera otra mano. Mi pequeña
ración de humanidad.

Abundando me fui reduciendo, sembrando
acabé por secar las que un día me dieron.

Hay unas cuantas que repican y quieren
hablarme. No se parecen a ese que soy. Son tan

extrañas como mis dedos si me pongo a mirarlos.

Me acostumbré a dejarlas ir, las gasté en las voces inútiles en días inciertos.

Es como un mal sueño, el agua a punto de desbordarse, caer en la soledad, su agujero silencioso y estrecho.

No soy capaz de seguir al enfadado, al huraño, al callado intachable. No son para mí los votos de su agrio silencio.

Quiero hablar, que alguien me oiga. Y rogar, quédate conmigo, no te vayas, falta aún algo de noche por desatar.

Palabras cansadas, que duerman y despierten aquí. Palabras de mi lado izquierdo o derecho.

Si tuviera dios, le pediría: no te olvides de mí, dame a ver los opacos sonidos del fin del mundo.

Cuando llegue la hora, ¿quién lo sabe? ¿Habría alguien que diga algo? ¿una sola cosa para entibiar el muro tan frío?

Sé que no hay nada pero palabras sí. Una nada con voces es ya compasión.

Y que tú seas esa sola palabra. La única, la última, una mirada al fin. El vacío sonoro de la felicidad, la plenitud, el amor verdadero.

Dame esa fe, entrégame ese sosiego. La palabra dios es dios en tiempos así.

Carlos Vásquez Tamayo es poeta, ensayista y profesor de filosofía. Ha publicado, entre otros, los libros de poesía: *Anónimos, El oscuro alimento, Agua tu sed, Desnúdame de mí, Hilos de voz, Aunque no te siga, Cuadernos, Días, y Pasos*; y los libros de ensayo: *Eclipse de sol, El arte jovial, Método de dramatización acerca del tratado primero de la Genealogía de la moral y La nada luminosa*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Mater*.